

A 85 años de la Plaza del Hombre Americano

85 Years Since the Plaza del Hombre Americano

*Stephanie Carola Vargas Mansilla**

RESUMEN**

La Plaza del Hombre Americano simboliza los esfuerzos de la Sociedad Geográfica de La Paz por reivindicar y difundir el legado de la cultura de Tiwanaku. Figuras como Arthur Posnansky utilizaron diversos medios culturales, desde publicaciones hasta la arquitectura, para posicionar la importancia de este patrimonio prehispánico en la construcción de la identidad nacional boliviana. La plaza materializa la consolidación de estos procesos de revalorización, convirtiéndose en un hito que refleja cómo la instrumentalización del pasado indígena ha generado cohesión social. Así, este espacio público representa la culminación de una larga trayectoria de apropiación y resignificación del legado de Tiwanaku.

Palabras clave: Tiwanaku; identidad nacional; Sociedad Geográfica de La Paz; patrimonio.

ABSTRACT

The Plaza del Hombre Americano symbolizes the efforts of the Geographic Society of La Paz to vindicate and disseminate the legacy of the Tiwanaku culture. Figures such as Arthur Posnansky used diverse cultural media, from publications to architecture, to position the importance of this pre-Hispanic heritage in the construction of Bolivian national identity. The plaza embodies the consolidation of these processes of revaluation, becoming a landmark that

* Doctorante del Área de Historia de la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador. Actualmente se desempeña como docente investigadora del Instituto de Investigaciones Históricas (IIH) de la Carrera de Historia de la UMSA- La Paz.

Contacto: scvargasm@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-9908-6995>

** Este artículo es parte de la tesis doctoral de la autora en la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador.

reflects how the instrumentalization of the Indigenous past has generated social cohesion. Thus, this public space represents the culmination of a long history of appropriation and reinterpretation of the Tiwanaku legacy.

Key words: Tiwanaku; national identity; Geographical Society of La Paz; heritage.

1. INTRODUCCIÓN

La conmemoración del bicentenario de la fundación de Bolivia, hoy Estado Plurinacional de Bolivia, ha motivado muchas reflexiones sobre el proceso de diferentes ámbitos políticos y económicos, culturales que muestran que después de 200 años de vida como país han existido cambios y continuidades. Uno de los aspectos que ha preocupado desde la fundación hasta nuestros días es el de la identidad nacional, vinculada al pasado prehispánico, colonial, republicano decimonónico y republicano de los siglos XX y XXI.

A nivel internacional, tres convenciones patrocinadas por la UNESCO, a las que Bolivia se ha adherido, establecen las políticas culturales que deben seguir los países miembros para proteger el patrimonio material e inmaterial. En primer lugar, la Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural, de 1972, establece lineamientos para la identificación, protección, conservación, rehabilitación y transmisión a las generaciones futuras del patrimonio cultural y natural de valor universal excepcional. Por otro lado, la Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial, de 2003, reconoce la importancia de este tipo de patrimonio y las comunidades, grupos e individuos que lo crean, mantienen y transmiten, instando a los Estados a adoptar medidas para su identificación, documentación, investigación, preservación, protección, promoción, valorización, transmisión y revitalización. Finalmente, la Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales, de 2005, señala que los Estados deben proteger y difundir todas las expresiones culturales que contribuyan a la diversidad cultural, reconociendo su valor intrínseco y su papel fundamental en el desarrollo sostenible de las comunidades.

Si bien la cultura de Tiwanaku ha despertado curiosidad e interés desde la época colonial, como lo demuestran las referencias de cronistas como Bernabé Cobo, Cieza de León, y suscitó la admiración de Castelli y el Mariscal Sucre durante el siglo XIX, no se implementó una política efectiva de conservación y promoción de este importante legado prehispánico. Contrariamente a lo que

algunas historiografías han establecido, la valoración y difusión de Tiwanaku no se inició con la Revolución Nacional en 1952, sino que fue el resultado de un proceso de continuo crecimiento desde inicios del siglo XX, el cual adquiere especial relevancia a partir de la generación del Centenario de la República (1925). Desde entonces, diferentes iniciativas han puesto a Tiwanaku como parte fundamental de la identidad nacional, manifestándose en libros, películas y la arquitectura de la ciudad de La Paz.

Precisamente este artículo presenta la historia de la Plaza del Hombre Americano, ubicada en el barrio de Miraflores, como una iniciativa de la Sociedad Geográfica de La Paz, encabezada por su presidente Arthur Posnansky, que luego fue asumida por los gobiernos municipales y apropiada por los vecinos. La historia de este proceso refleja los distintos momentos de la mirada al pasado tiwanakota y de la apropiación ciudadana y de las autoridades.

La Plaza del Hombre Americano es una demostración de cómo la arquitectura puede convertirse en patrimonio cultural, histórico, artístico e incluso inmaterial. Lejos de ser un simple espacio patrimonial, esta plaza se ha integrado a la identidad y la vida cotidiana del barrio de Miraflores y de la ciudad de La Paz, convirtiéndose en un hilo conductor entre el pasado prehispánico y el presente de la comunidad. Este proceso de valoración y apropiación de Tiwanaku, iniciado desde principios del siglo XX y que continúa hasta nuestros días, refleja la importancia y la vitalidad de este legado cultural en la construcción de la identidad nacional boliviana.

2. LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE LA PAZ

La creación de las sociedades geográficas es una respuesta del Estado y de las élites científicas para dar solución a los retos de sentar soberanía en territorios en disputa o recientemente anexados y, de manera fundamental, construir una identidad nacional (Capel, 1993, p. 412; López-Ocón, 2014, p. 111). Estos diversos objetivos fueron recogidos y transformados de las primeras sociedades geográficas europeas (París, Londres, Berlín) que tenían proyectos plurales que van más allá de la curiosidad del estudio de la ciencia geográfica per se. Laura Péaud señala que, para el caso de la Sociedad Geográfica de París, al igual que el resto, pretendía llenar los espacios vacíos de los mapas; sin embargo, también buscó la visibilidad, un reconocimiento público a la geografía (y los geógrafos), además de crear un programa científico sólido que sostenga la disciplina (Péaud, 2018, p. 2). Es decir que la ciencia geográfica en el siglo XIX tuvo un carácter performativo que se centró en hacer visibles los logros académicos en

espacios de sociabilidad científica y social (banquetes, discusiones informales, tertulias, entre otros).

Entre finales del siglo XIX y mediados del siglo XX, en Bolivia se crearon varias sociedades geográficas en Sucre, Cochabamba, La Paz, Oruro, Santa Cruz, Potosí y Tarija, que además de apoyar a los objetivos anteriormente expuestos tenían proyectos regionales y locales. Sin embargo, luego del triunfo liberal en 1899, y el cambio de sede de gobierno de Sucre a La Paz, fue la Sociedad Geográfica de La Paz la que logró posesionarse como la asociación científica más importante del país con el apoyo político y económico del partido de gobierno de turno.

Durante las primeras décadas del siglo XX, hasta el año 1931, se vivió una etapa de intensa actividad intelectual y exploratoria en Bolivia. Este período se caracterizó por una prolífica producción de conocimiento, plasmada en la publicación del Boletín de la Sociedad Geográfica de La Paz, así como la publicación de libros, folletos y artículos de prensa por parte de los miembros (Mendieta Parada, 2025, pp. 134-135). Se llevaron a cabo numerosas expediciones al oriente amazónico y a la región chaqueña, realizadas tanto por bolivianos como por exploradores extranjeros que tuvieron como objetivo ampliar el conocimiento sobre la geografía, la flora, la fauna y las poblaciones de estas vastas regiones del país. Esta efervescencia intelectual y exploratoria refleja el interés y la preocupación de la élite boliviana por comprender y apropiarse de estos territorios, que en ese momento se percibían como zonas fronterizas y poco conocidas. La publicación de los resultados de estas expediciones y estudios contribuyó a consolidar una visión y un discurso sobre la importancia estratégica de estas regiones para la nación boliviana (Mendieta Parada, 2017; Qayum, 2002)¹.

Durante el período comprendido entre 1931 y 1939, la Sociedad entró en una etapa de receso y declive de sus actividades regulares. Esto se debió principalmente al estallido y desarrollo de la Guerra del Chaco (1932-1935). Si bien la Sociedad siguió realizando algunas reuniones occasioneles durante este período, y los socios honorarios continuaron aportando económicamente de forma simbólica, la entidad no logró retomar sus actividades regulares ni sus publicaciones. En particular, dejó de publicarse el Boletín, que había sido

¹ Pilar Mendieta propone que la Sociedad Geográfica de La Paz llevó a cabo un proyecto territorial nacional que fue apoyado por el gobierno liberal. Mientras que Seem Qayum recalca que este proyecto de los intelectuales criollos no pudo llevarse a cabo por las condiciones históricas.

un medio fundamental para la difusión de la producción intelectual de sus miembros. Asimismo, durante esta etapa, la mayor parte de los socios activos de las primeras décadas del siglo XX habían fallecido, lo cual afectó significativamente la continuidad y el dinamismo de las actividades de la sociedad (Costa Ardúz, 2005)². En 1940, la institución inició una segunda etapa a pedido de Bernardo Navajas Trigo, ministro de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas, y, bajo la dirección del arqueólogo austriaco Arthur Posnansky³, volvió a publicar su Boletín en 1941.

Desde su fundación en 1897 esta institución se enfocó en la publicación de estudios relacionados con la geografía en sus diversas ramas, incluyendo la astronomía, la física, la política y el comercio (Sociedad Geográfica de La Paz, 1897). Sin embargo, rápidamente expandió sus intereses de investigación hacia otras disciplinas científicas como la botánica, la etnografía, la arqueología, la sociología, la historia, la lingüística, entre otras. En una segunda etapa, la sociedad amplió aún más sus campos de estudio, incursionando en áreas como salud, folklore, teatro y numismática (Sociedad Geográfica de La Paz, 1941, pp. V-VI)⁴. La creciente interdisciplinariedad en los estudios y publicaciones

² Según Rolando Costa, la institución ya había caído en crisis en 1921, luego de la muerte del presidente de la Sociedad Geográfica y Director de la Oficina de Nacional de Estadística, Manuel Vicente Ballivián. Costa Ardúz, 2005)

³ Arthur Posnansky (Viena 1873-La Paz 1946) fue capitán teniente en la armada austro-húngara y llegó a Bolivia durante el boom de la goma. Hizo una pequeña fortuna al comprar caucho boliviano y transportarlo a Manaos. Desde entonces aprovechó sus viajes por la Amazonia, recolectando datos etnográficos de los indígenas de la zona, y empezó a publicar sus investigaciones. Sin embargo, fue la Guerra del Acre (1901-1903) que forjó su relación estrecha con el gobierno boliviano; rebautizó a su barco con el nombre de Iris y lo puso a la disposición del Gobierno para transportar soldados y armamento, siendo condecorado como héroe de guerra. Desde 1905 inició sus viajes al sitio arqueológico de Tiwanaku y se vinculó rápidamente con el círculo de intelectuales bolivianos.

⁴ “Geografía física, geografía mineralógica, geografía comercial, geografía política, geografía social, geografía de comunicaciones, geografía económica, geografía agrícola, botánica y zoológica (con la formación de un gran herbario), geografía biológica, geografía meteorológica, con subsecciones isotérmica, isobárica e isológica en general, geografía geológica (con la formación de mapas geológicos de todo el país y maquetas del territorio nacional), geografía morfológica y antropológica, geodesia con las subsecciones de límites y fronteras..., geografía sanitaria con las subsecciones de nutrición popular y higiene social. Dependiente de esta sección y de la de geografía económica, existirá una subsección que efectúe la propaganda dentro y fuera del país de nuestros productos naturales cuya incrementación puede servir de una nueva fuente de ingresos para la economía nacional, a la vez que para el mejoramiento de la alimentación popular, tal es el caso de la quinoa. Además de las citadas secciones principales, se establecerán las subsecciones siguientes: arqueología, prehistoria, etnología, antropología, folklore, folkway y folkvisa, lingüística americana, sociología americana, desiertología americana, astronomía prehistórica, arquitectura prehistórica y colonial, numismática americana, filatelia americana, musicología americana, colonización en América, cartografía, aerofotogrametría, régimen audiencial de las colonias españolas, teatro americano, etc.” (Sociedad Geográfica de La Paz, 1941, pp. V-VI).

refleja el proceso de evolución y adaptación de estas instituciones a las nuevas tendencias y demandas del conocimiento científico. No obstante, esta expansión temática también puede ser vista como una desviación de los objetivos primarios de una sociedad geográfica tradicional, los cuales ya iban quedando obsoletas en la década de 1940.

En la reinstauración de actividades de la Sociedad en 1940 se celebraron los 50 años de la institución con una sesión de honor. Los discursos respecto a la misión y temas de investigación dieron un cambio de rumbo evidente respecto a 1889. Ya no eran prioridad los estudios y exploraciones a los confines de la República porque los límites internacionales habían sido trazados por las guerras y los tratados diplomáticos. Más bien, se hacía énfasis en los estudios arqueológicos, históricos y el patrimonio que forjaba la nacionalidad boliviana. En el discurso de Gustavo Adolfo Otero, ministro de Educación y miembro de la Sociedad, se reflejaba este cambio de perspectiva:

pero [el estudio de la geografía de Bolivia] esta no ha sido la única obra de la Sociedad Geográfica de La Paz, sino también al remontarse a nuestro pasado milenario de Tihuanacu y de los Incas... en otro sentido la obra de la sociedad se ha reflejado en la acción patriótica de difundir el amor a la tierra materna, Alta tarea, nacionalista que al propio tiempo de esparcir favores, despierta esa emoción que debe ser inseparable y consubstancial a todo boliviano, desde el niño hasta el viejo, que es el cultivo de la geografía espiritual de Bolivia (Sociedad Geográfica de La Paz, 1941, pp. 2-3).

Por su parte el presidente de la Sociedad Geográfica ese año 1940, Casto Rojas, hizo un recuento de los intelectuales que habían pasado por la institución y sus contribuciones a la ciencia y la patria, terminando con el trabajo de cuarenta años de Arthur Posnansky sobre “esos monolitos rojos que parecen osamentas y fósiles de siglos, y constituyen el archivo misterioso del origen de la cultura humana en esta parte del mundo” (Sociedad Geográfica de La Paz, 1941, p. 9) Finalmente, el propio Posnansky, todavía como vicepresidente de la Sociedad (recién en 1941 tomó la dirección de la institución), en una conferencia magistral reafirmó sus ya conocidas teorías de que el hombre americano no provenía de migraciones, sino que era autóctono. Según sus planteamientos, el altiplano era el espacio central de donde emergía el ser humano americano, y la cultura Tiwanaku era la más antigua civilización del

continente, por lo tanto, la cuna del hombre americano (Mendieta Parada, 2017; Qayum, 2002)⁵.

Esta sesión de honor para celebrar los cincuenta años de la Sociedad y su reorganización se llevó a cabo el 4 de mayo de 1940, mientras el país vivía una ola nacionalista posguerra del Chaco y el ciclo político denominado militar-socialista, además de llevarse a cabo unos días antes de la inauguración de la construcción de la Plaza del Hombre Americano en el barrio de Miraflores. Es decir, estos festejos y la reorganización están estrechamente ligados a la construcción de este espacio público.

3. LA PLAZA DEL HOMBRE AMERICANO

De acuerdo a la visión de Arthur Posnansky, el proyectista de la Plaza del Hombre Americano, ésta pretendía ser un espacio que honrara a las civilizaciones prehispánicas de Bolivia y América en general. En el diseño original, que debía tener una dimensión de 150 x 120 metros, el centro de la plaza estaría ocupado por una réplica del templete semisubterráneo del sitio arqueológico de Tiwanaku, construido con la misma piedra arenisca roja utilizada en las estelas líticas de ese sitio. En el medio de este templete se ubicaría la Estela 10, también conocida como monolito Pachamama o monolito Bennett⁶, que sería trasladado desde el Prado. Además de esta pieza central, el proyecto contemplaba la instalación de otras esculturas y ejemplares traídos directamente del sitio arqueológico y de otros lugares del país, representando a diversas civilizaciones prehispánicas⁷ (ALP/SGL 1943 C. 2 D. 22, 1943). Asimismo, se planeaba la construcción de dos estatuas de bronce que representarían a los pueblo kholla y aruwak, que según las teorías de Posnansky eran las dos razas predominantes en el altiplano (ALP/SGL 1943 C. 2 D. 39, 1943). Alrededor

⁵ *Tibuanacu: la cuna del hombre americano* es la obra cumbre de Arthur Posnansky sobre sus estudios arqueológicos y las teorías respecto a esta civilización (Posnansky, 1945). Es una de las obras más importantes, y de lectura obligada sobre Tiwanaku. Si bien se equivocó en la datación y atribuyó la antigüedad de la cultura a alrededor de 12 a 15 mil años A.C. y pensó que solo era un centro ceremonial, sin construcciones civiles alrededor, su estudio de cada una de las piezas es uno de los más detallados.

⁶ Posnansky planteó que este monumento era la representación de la Pachamama, por lo tanto, se lo conoció con este nombre hasta la segunda mitad del siglo XX. Este monolito, originalmente hallado durante las excavaciones de la Misión Crequi-Montfort en 1903, fue totalmente excavado en 1932 por el arqueólogo norteamericano Wendell Bennett, por lo cual, cuando en 1933 fue llevado hasta la ciudad de La Paz bajo la dirección de Arthur Posnansky, pasó a ser conocido con el nombre del arqueólogo Bennett.

⁷ Otras piezas fueron extraídas de la colección de la Sociedad Geográfica de La Paz en el Museo Nacional o antiguo Palacio de Posnansky, hoy Museo Nacional de Arqueología.

del templete central se reservaría un espacio para un parque botánico con plantas autóctonas de la familia bromeliaceae (diferentes tipos de puyas), traídas desde las faldas del Illampu y andenes agrícolas, como muestra de la ingeniería andina (ALP/SGL 1943 C. 2 D. 22, 1943; El Diario, 1940). Finalmente, todo este conjunto estaría rodeado por un parque que albergaría ejemplos del arte prehispánico de otras repúblicas latinoamericanas, con el propósito de rendir homenaje a todas las culturas prehispánicas. También se mencionó en el acta de fundación que se colocarían bustos de intelectuales consagrados a la ciencias, como Agustín Aspiazu (fundador de la Sociedad Geográfica de La Paz), Manuel Vicente Ballivián (presidente de la Sociedad entre 1897 y 1921) y Villamil de Rada, pero no se especificó exactamente dónde (El Diario, 1940, p. 9).

El proyecto fue aprobado en 1939 por el presidente Gral. Quintanilla, y el 15 de mayo de 1940 se hizo un acto por la inauguración de la obra y el colocado de la piedra fundamental, ante las autoridades nacionales, departamentales y locales, así como miembros del cuerpo diplomático. Para la ocasión el prefecto de la ciudad de La Paz, General E. Alcoreza, manifestó en su discurso:

es la iniciación de los trabajos de un monumento cultural que perpetuará la memoria de los antepasados de nuestra raza, como homenaje a los forjadores de una civilización portentosa perdida en el pasado del tiempo. Será pues un monumento al esfuerzo, la ciencia y la energía del hombre americano... para que sea conservada intacta y venciendo al tiempo, sea expresión viviente de la cultura milenaria de nuestros antepasados (El Diario, 1940).

Por su parte el ministro de Educación, Gustavo Adolfo Otero afirmó:

Estas piedras de Tihuanacu afirman la existencia de valores que dan vida a nuestro arte nacional... y porque también tras ellas descubrimos a través del tiempo y del espacio un hilo conductor firme y delicado que une a los bolivianos de hoy con un pasado afiebrado de quimeras y de ensueños que en el fondo son auténticas realidades (El Diario, 1940).

Ambas autoridades estaban convencidas de que la construcción de la Plaza del Hombre Americano ayudaría al proyecto político-cultural que buscaba afianzar el sentimiento patriótico y la imagen de Bolivia como nación inherentemente ligada a su pasado prehispánico. Sin embargo, esta iniciativa se enmarcaba en un contexto más amplio, donde desde el Centenario de la República en 1925, el país buscaba afianzar su identidad nacional a través del rescate y la exaltación de su propia historia y arqueología prehispánicas. Al respecto, Pilar Mendieta escribió lo difícil que fue encontrar las raíces de la nación en un pasado indígena luego de la Guerra Federal (1899) y la sentencia del Proceso de Mohoza, que

redujo el indio aymara a un estado de salvajismo. Según esta autora, los miembros de la Sociedad Geográfica de La Paz investigaron y publicaron sobre temas lingüísticos, arqueológicos, etnográficos e históricos para suavizar la visión negativa de este pueblo ante el resto del país y el mundo (Mendieta Parada, 2025, p. 137).

Paralelamente, a partir de la segunda mitad del siglo XX, en Perú se fue gestando con fuerza un nacionalismo arqueológico⁸ que tenía como base fundamental la civilización inca y el descubrimiento de Machu Picchu en 1911. En este contexto, los miembros de la Sociedad promovieron una serie de estudios y reivindicaciones en torno a la civilización de Tiwanaku. Posnansky aseveraba que había sido construida por la raza kholla o khollana y que se trataba de la civilización más antigua de los Andes con aproximadamente 12.000 años. Incluso llegó a plantear que los incas podrían haber descendido de esta cultura. Sin embargo, si bien Posnansky y sus seguidores aceptaban a Tiwanaku como la raíz de la nacionalidad, no sucedía lo mismo con los aymaras, que para ese entonces eran vistos como sus descendientes. Desde una perspectiva darwinista social, se consideraba que los aymaras habían sufrido una degeneración debido al abuso del alcohol, la corrupción sexual y al abuso del sistema colonial y el mestizo en la época republicana (Mendieta Parada, 2025, p. 150). Por lo tanto, el aymara no podía ser considerado parte de sus estudios y mucho menos parte de la corriente nacionalista que proponía⁹.

El centenario y la construcción de la nacionalidad con base en Tiwanaku también trajo consigo un movimiento artístico nacionalista que pretendía tener una propuesta propia y que, a la vez, convivió con la corriente indigenista

⁸ Esta corriente intelectual se manifiesta cuando se utiliza la arqueología y la interpretación del pasado antiguo o prehistórico para construir o reforzar la identidad nacional de un grupo contemporáneo. A menudo, se recurre a la arqueología para generar narrativas sobre los orígenes, la grandeza o la continuidad histórica de una nación. Esta tendencia se caracteriza por el empleo estratégico de los hallazgos y las evidencias arqueológicas con el fin de legitimar la identidad nacional, ya sea mediante la exaltación de los logros de las civilizaciones ancestrales, la reivindicación de supuestas raíces históricas o la proyección de una imagen de continuidad y antigüedad de la nación actual.

⁹ Es importante aclarar que no todos los miembros de la Sociedad Geográfica de La Paz compartían las ideas de Posnansky sobre los aymaras. Por ejemplo, Rigoberto Paredes se dedicó al estudio de la cultura aymara en el altiplano. Asimismo, el intelectual Franz Tamayo vio en el indígena aymara un gran potencial y propuso una pedagogía para sacarlos de su situación actual. Por su parte, el artista Cecilio Guzmán de Rojas consideró a la cultura aymara como la más sobresaliente, convirtiéndola en la fuente de inspiración para su obra. Esto demuestra que había una diversidad de enfoques y perspectivas sobre el legado indígena dentro de la misma Sociedad Geográfica de La Paz, más allá de la visión de Posnansky.

y el modernismo literario. El estilo Neotiwanaku surgió, según Carlos D. Mesa, en 1920, cuando Posnansky diseñó y construyó un edificio destinado a su residencia bajo los moldes repetidos de las grandes residencias de la burguesía europea de la época, pero con elementos ornamentales inspirados en los monumentos líticos de Tiwanaku. El resultado fue un edificio sin innovación estructural y con excesiva ornamentación, que copió fielmente los signos de los monolitos, la arquitectura y la cerámica. Este llamado Palacio de Posnansky fue cedido al municipio paceño en 1923 para albergar la colección museística de la Sociedad Geográfica de La Paz y una parte de la colección personal de este intelectual en el recién creado Museo Nacional o Museo de Tiwanaku (Mesa, 1984, pp. 39-41; Siles Salinas y Querejazu, 1999, p. 39)¹⁰. A lo largo de las décadas de 1920 y 1930, el estilo Neotiwanaku fue usado como el estilo artístico nacional que se exportaba hacia el mundo, el Libro del Centenario de Bolivia utilizó en su portada dibujos de monolitos y en su interior usó los frisos de forma quebrada en cada una de sus páginas. También se pretendió construir un templo al estilo Neotiwanaku para el Pabellón de Bolivia en la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929 (Paz Moscoso, 2019). Por su parte, el arquitecto boliviano Emilio Villanueva, luego de construir varios edificios públicos desde inicios del siglo XX, ayudó a forjar el estilo Neotiwanaku al mezclar los diseños característicos de las piezas líticas con las ideas racionalistas y funcionalistas. Logró en dos obras plasmar esta nueva propuesta: el Estadio Hernando Siles, proyectado en 1927 y culminado en 1930, y el edificio central de la UMSA, conocido como Monoblock Central, proyectado en 1937 y construido entre 1942 y 1948.

El primer edificio, el estadio, formaba parte de un proyecto más grande concebido por Villanueva en 1927. La idea era volver a Miraflores una urbanización con diferentes barrios; el barrio médico, formado por la Clínica Médica, el Hospital, el Instituto de Bacteriología; el barrio deportivo, constituido por el estadio, piscina, pista de patinaje, fields de atletismo, cancha de bowling,

¹⁰ Además de la colección de Posnansky, se exhibió una colección de diversos fondos (ciencias naturales, etnográficas y arqueológicas) donada al Estado por el Obispo José Manuel Indaburo en 1846. Esta colección había quedado instalada en uno de los salones del Teatro Municipal (donde la Sociedad Geográfica de La Paz también tenía oficinas hasta 1940) luego de ser trasladada del hoy desaparecido hospital Landaeta. Posteriormente, en 1896, la exposición fue ampliada gracias a la contribución de Manuel Vicente Ballivián, quien entregó nuevas piezas, entre ellas algunas cabezas reducidas por los jíbaros del Ecuador. Todo este conjunto de objetos y muestras fue puesto en exhibición a partir del año 1925, coincidiendo con el Centenario de la República de Bolivia (Siles Salinas y Querejazu, 1999, p. 39).

canchas de tenis, canchas de basketball, parques de gimnasia para niños, y una plaza para ejercicios militares, entre otros; el barrio fabril, en la región de Caiconi, donde arribaban productos y materias provenientes de los Yungas; el barrio obrero, para residencia de los empleados de comercio o al profesional modesto; el barrio administrativo; el barrio universitario que contemplaría la biblioteca pública, una escuela fiscal de artes y oficios, el conservatorio de música y el museo mineralógico y botánico. Cada barrio debía ser arborizado y se debía construir plazas y parques (Bedregal Villanueva, 2014, pp. 151, 164-165). El estadio de La Paz fue el primero en su índole, moderno y funcional, que albergaba a 18 mil espectadores. Aprovechó las ideas funcionalistas e incluyó ornamentación tiwanakota. Se copió las figuras de los monumentos líticos y de la cerámica, y se usó el signo escalonado y los frisos de forma quebrada en las puertas (Mesa, 1984, p. 46).

Fue justamente al frente de esta estructura deportiva, en la plaza Tejada Sorzano, que Posnansky llevó a cabo la construcción de la Plaza del Hombre Americano. En un inicio se le entregó Bs. 249.500 en una moneda desvalorizada por la crisis económica; este monto debía cubrir la excavación y construcción de la réplica del templete semisubterráneo y todo el traslado del monolito Bennett, que para ese entonces estaba en el paseo de El Prado, justamente al frente del cine 16 de Julio. Posteriormente se le otorgó Bs. 5000 para pagar la expropiación de los lotes del terreno de la plaza (ALP/SGL 1943 C. 2 D. 22, 1943). Antes de la inauguración de la plaza, entre febrero y abril, ya se había trasladado el monolito Bennett al lugar de construcción; se denunció que en el proceso la pieza había sido despuntillada en la parte superior izquierda y que no se había calculado bien el peso de la estatua (20 toneladas y 7 metros), por lo que cayó completamente dando un tumbao en el suelo (Ostermann Stumpp, 2002b, pp. 27-28). Para el 10 de octubre del mismo año se la erigió junto a las otras esculturas del Museo Nacional (Siles Salinas y Querejazu, 1999, pp.

40-43)¹¹, y en 1941 ya se tenía el templete excavado, listo para iniciar el proceso de decoración y revestimiento con planchas de piedra.

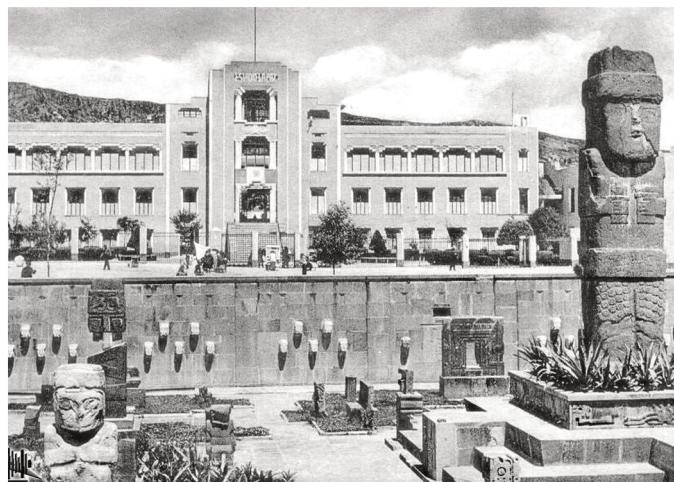


Foto 1: La Plaza del Hombre Americano y el frontis del estadio Hernando Siles
Fuente: Fotos antiguas La Paz. <https://www.facebook.com/groups/552392304808975/>

Esta última fase, la más costosa, no logró llevarse a cabo hasta 1943, luego de que la asociación Amigos de la Ciudad y el propio Posnansky, como director de la Sociedad Geográfica de La Paz, mandaron cartas para que el congreso corriera con los gastos pecuniarios. Al final fue la prefectura y la alcaldía de La Paz que otorgaron Bs. 150.000 para pagar el traslado de grandes bloques de asperón o arenisca roja (el mismo material de las piezas líticas originales) de las serranías de Guaqui, por medio del ferrocarril Guaqui-Tiwanaku-La Paz y cubrir los sueldos de los picapedreros, albañiles y jornaleros (ALP/SGL 1943 C. 2 D. 22, 1943; ALP/SGL 1943 C. 2 D. 39, 1943). Sin embargo, no se logró desembolsar más dinero para seguir pagando la expropiación de lotes y casas para mantener las dimensiones del proyecto original. Fue así que la Plaza

¹¹ Entre ellas dos piezas de carácter realista de la época III de Pocotia; cabezas clavas (para revestir el templete a semejanza del original); una cabeza de piedra gris que fue traída a La Paz en tiempo de Manuel Vicente Ballivián (inicios del siglo XX); un puma y una figura humana de piedra negra trasladados desde la casa cural de Tiwanaku (estos tres últimos fueron trasladados en 1974 a los jardines de la Casa de la Cultura); tres figuras de chachapumas, una de ellas con una cruz de la época de la extirpación de idolatrías; y un monolito partido en tres, posiblemente durante la extirpación de idolatrías. Ambos extremos fueron rescatados por Manuel Vicente Ballivian y fueron unidos por Posnansky en una restauración poco profesional y deficiente; la parte del medio se ha perdido. Es la pieza más antigua de la plaza por su apariencia similar a la “Estela barbada”; Posnansky la llamó “ídolo plano” (Siles Salinas y Querejazu, 1999, pp. 40-43).

del Hombre Americano se redujo a la réplica del templete semisubterráneo y las piezas originales escultóricas (Fotos 1 y 2), siendo, aun así, una de las obras públicas más caras de la ciudad.



Foto 2: Vista aérea del estadio Hernando Siles y la Plaza del Hombre Americano
Fuente: Bedregal (2014, p. 151).

Por tres décadas la plaza, en términos estéticos, hizo juego con el estadio Hernando Siles, ambos en el estilo Neotíwanaku, hasta que, en 1974, durante la dictadura, se decidió demoler el estadio miraflorino, a tres años de los Juegos Bolivarianos, para construir uno moderno y de mayor capacidad. No se pensó que ambos eran un conjunto arquitectónico patrimonial, y en vez de buscar un espacio mucho más grande (el estadio tampoco logró tener las dimensiones y todas las comodidades que había proyectado Villanueva), se prefirió destruir una de las obras arquitectónicas más representativas de la ciudad (Mesa, 1984, p. 57). Tampoco se consideró que la nueva obra mantuviese una fachada del estilo Neotíwanaku, como tampoco se pudo obligar a los vecinos de Miraflores a construir con el mismo estilo, como el alcalde de La Paz había prometido en la inauguración (El Diario, 1940). Con esta reconstrucción del estadio Hernando Siles y el crecimiento de la mancha urbana y el parque automotor, la Plaza del Hombre Americano se ha quedado aislada y convertida en una rotonda, durante toda la segunda mitad del siglo XX e inicios del XXI, que une las principales avenidas de la ciudad y conectan el barrio de Miraflores con el centro paceño (Foto 3).



Foto 3: El estadio Hernando Siles en 2020

Foto: Alberto Medrano. <https://www.flickr.com/photos/39925918@N06/3720545211>

4. LA PLAZA DEL HOMBRE AMERICANO 85 AÑOS DESPUÉS

Esta obra, diseñada y dirigida por Arthur Posnansky y con el respaldo institucional de la Sociedad Geográfica de La Paz, fue considerada en 1940 como un museo al aire libre o museo abierto, y se dio a las piezas en exposición un trato de curaduría no profesional que siguió los protocolos de la época. En el caso del monolito Bennett, el propio Posnansky realizó un procedimiento químico con silicatos líquidos para endurecer la superficie de 20 toneladas antes de trasladarlo de El Prado a Miraflores (ALP/SGL 1943 C. 2 D. 22, 1943). Esta técnica, aún muy usada en la restauración, sirve como agente de consolidación y protección para materiales como la piedra, el ladrillo y el hormigón, reduce la porosidad y mejora la resistencia a la intemperie, ayudando a prevenir el deterioro causado por contaminación y humedad.

Por su parte, la unión de los dos extremos de un monolito partido en tres (el “ídolo plano”) por medio de vigas paralelas no ha sido un procedimiento de restauración que vaya con las nuevas tendencias, que tienen como objetivo evitar el deterioro de la pieza, aunque esto signifique dejarla partida. Sin embargo, hay que entender que los procedimientos de restauración de entonces tenían otros objetivos, además de no contar con las técnicas y materiales de hoy. A la par, hay que entender el afán de Posnansky de crear un museo abierto dentro de su formación y contexto, aunque esto signifique arrancar las piezas de su lugar de origen. Según Carlos Ostermann, no solo era un hombre de su época, sino que también de su siglo; con seguridad había visto monumentos

de Egipto adornando parques y avenidas de París, Roma y Londres con el pretexto de estar mejor resguardadas y maravillando a un grupo de personas que sí entendían su valor estético y patrimonial (Ostermann Stumpp, 2002c, p. 185).

De hecho, tanto para Manuel Vicente Ballivián como para Posnansky, era necesario preservar las piezas, pues desde finales del siglo XIX el sitio arqueológico de Tiwanaku había sido saqueado a nombre de excavaciones o por los pobladores actuales, y sus piezas fueron sacadas fuera del país sin permiso del Estado. Con motivo de la llegada del monolito Bennett a la ciudad de La Paz, Posnansky manifestó:

En nombre de la cultura y de la civilización, en nombre del culto tiahuanacota cuyo apóstol soy yo, excomulgo a los tiahuanakenses [la población indígena en 1933] por los nefastos crímenes, verdaderos delitos de esa civilización, que en el transcurso de treinta años han cometido contra las sagradas ruinas de Tiahuanacu, dejando en ellas tan solo escombros y despojos que claman castigo para quienes osaron profanarlos. En ese largo lapso de tiempo, Tiahuanacu no fue para los vecinos del actual pueblo sino una gran cantera del cual explotaron bárbara e impunemente la piedra necesaria para sus burdas viviendas modernas (El Diario, 1933b).

A pesar de que el arqueólogo posaba las raíces de la nación en Tiwanaku, era evidente su desprecio a los pobladores actuales, de los cuales, por cierto, no gozaba de mucha estima por su carácter energético cuando hacía trabajo de campo. Su idea de aglutinar los objetos en la ciudad de La Paz para su preservación y protección en nombre de la ciencia, y con un tono superioridad, fue criticada por algunos sectores de la sociedad que veían con malos ojos la idea de gastar tanto dinero para su traslado en medio de la Guerra del Chaco (se lo transportó vía ferrocarril hasta El Alto y descendió hasta el centro paceño en una plataforma de tranvía (Siles Salinas y Querejazu, 1999, p. 40). Sin embargo, otros intelectuales, como Franz Tamayo, apoyaron el traslado, considerándolo necesario para evitar mayor destrucción de las piezas:

por mucho que las grandes estatuas, trasladadas a la ciudad queden siempre expuestas a la intemperie, el solo hecho de hacerlas convivir con nosotros, por así decirlo, le da garantía de mejor conservación y durabilidad. El ojo maternal de la ciudad que les contempló cada día verá y buscará cada instante lo que puede protegerlas contra las fuerzas destructoras de la naturaleza... Hay que proteger los monumentos contra el humilde pero intransigente fanatismo del indio (El Diario, 1933a)

Desde 1943 hasta 2021, el museo abierto se convirtió en parte importante de Miraflores; sin embargo, la idea de que las piezas serían mejor preservadas dejó mucho que desear. En palabras de uno de los expertos que ayudó a preservar

el monolito Bennett, y que se puede extender a todo el conjunto de piezas del museo, Carlos Ostermann, en La Paz “estuvo abandonado, con absoluta falta de protección frente a las inclemencias del tiempo, las vibraciones de los automotores, la contaminación atmosférica, las palomas, los ataques vandálicos y hasta las balas perdidas de alguna lucha armada del pasado...” (Ostermann Stumpp, 2002b, p. 6). Sin embargo, gracias a las esporádicas limpiezas y, sobre todo, un clima mucho menos extremo que en el propio sitio arqueológico, el conjunto de piezas, al parecer, estaban mejor conservadas que las que se encontraban en la intemperie del sitio turístico y arqueológico. De hecho, en un informe de 1992 de la Fundación Getty se recomendaba o mantenerlos en la ciudad o bien llevarlos a un sitio completamente resguardado en Tiwanaku (Ostermann Stumpp, 2002b, p. 6). Sin embargo, debido a la presión del gobierno municipal de Tiwanaku, que ya tenía un museo construido dentro del sitio turístico- arqueológico, el monolito Bennett junto algunas piezas más fueron retornados a su lugar de origen en el año 2002, mientras que el resto se quedó en la plaza. En el lugar central donde estaba el monolito se puso una réplica.

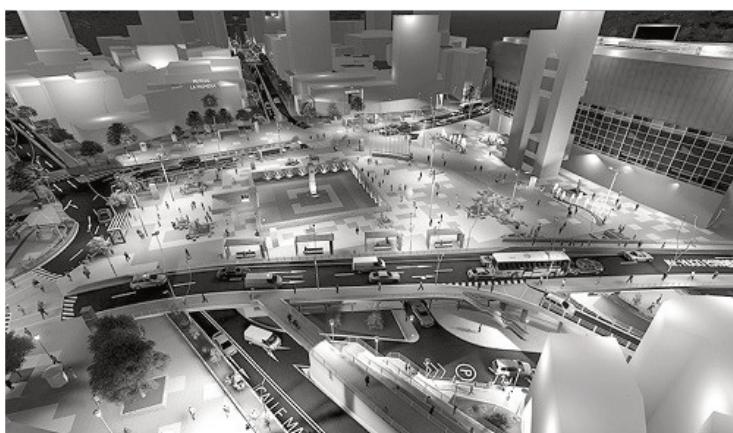


Foto 4: Diseño del viaducto Tejada Sorzano

Fuente: Urgente.bo <https://www.urgente.bo/noticia/en-2018-comienza-la-ejecuci%C3%B3n-de-3-grandes-proyectos-viales-para-modernizar-la-paz>

Por su parte, la estructura de la plaza ha pasado por varias intervenciones para asegurar su estado de conservación luego que alrededor de la misma, por el crecimiento urbano, el terreno fue sobrecargado con edificios a lo largo de las décadas de 1970 y 1980. Desde 1974, como ya se mencionó, la plaza se volvió una especie de rotonda, y en 2005 la subalcaldía centro adjudicó a la empresa

Quintanilla Ingenieros S.R.L. la ejecución del cambio de 650 losas de piedra en el piso del templete semisubterráneo y la construcción de un sistema de drenaje. Se esperaba la llegada de 14 piezas de estilo tiwanakota junto la réplica del monolito Bennett, todos tallados por Rubén Wilde Herrera, de la población de Guaqui y se aprovechó de retirar piezas originales deterioradas (ANF Agencia de Noticias Fide, 2002). Finalmente, el último gran cambio de la plaza se produjo en 2021; debido al constante crecimiento del parque automotor, se construyó un grupo de túneles que interconectan las avenidas de Norte a Sur y de Este a Oeste. En la parte superior, el templete semisubterráneo ha dejado de estar aislado y se ha integrado al frontis del Estadio Hernando Siles y se ha extendido el espacio público para la realización de actividades. Alrededor del templete se han añadido piezas tiwanakotas y vidrios con la información de los arqueólogos que estudiaron Tiwanaku. Además, al fondo, en la fachada del estadio, a la altura del sector de preferencia, se han pintado murales con temática tiwanakota y con referencias a Wiracocha y al Chachapuma, además de la presencia de un amauta realizando un rito a la luna, obras realizadas por los artistas Alvon Huayllas y Val Kolosh, junto a la ayuda de un equipo de ocho muralistas. Esta última remodelación incluyó la incorporación de luces dentro del templete y la incorporación de dos estatuas alusivas a Arthur Posnansky y al arqueólogo boliviano Carlos Ponce Sanjinés (Figuras 4 y 5).



Foto 5: Plaza del Hombre Americano y frontis del estadio Hernando Siles, 2025.

Fuente: Archivo propio.

5. NUEVOS DEBATES EN TORNO AL PATRIMONIO

La Plaza del Hombre Americano representa la culminación de la investigación y el legado de toda una vida de Arthur Posnansky, este intelectual que utilizó a lo largo de su carrera todos las industrias culturales y creativas (ICC)¹² a su alcance para divulgar sus investigaciones y consolidar sus ideas. El Boletín de la Sociedad Geográfica de La Paz le permitió entrar en diálogo con sus pares a nivel nacional e internacional, creando sus propias redes intelectuales. Asimismo, la publicación de sus libros en alemán, inglés y castellano le dio la oportunidad de difundir su trabajo en diferentes asociaciones científicas. Paralelamente, escribió y dirigió en 1926 la película *La gloria de la raza*, donde expuso y explicó sus teorías sobre las culturas prehispánicas, adoptando un enfoque monumental y reivindicativo. Finalmente, dejó su huella en la arquitectura a través de tres proyectos: su propia casa-museo conocida como el Palacio de Posnansky, el mausoleo para los veteranos de la Guerra del Acre en el Cementerio Municipal de La Paz¹³ y, como obra cúspide, la Plaza del Hombre Americano¹⁴.

Paralelamente, la plaza también encarna el discurso nacionalista que se gestó en torno al centenario de Bolivia y la Guerra del Chaco. Durante este período se produjo una instrumentalización del pasado indígena con fines políticos e identitarios (Quisbert, 2004). Hoy, 85 años después de su construcción, es necesario hacer una reflexión crítica sobre este espacio, sus discursos subyacentes y los lazos que se han construido entre la comunidad y la plaza a lo largo del tiempo. Si bien la Plaza del Hombre Americano buscaba exaltar el legado de las civilizaciones prehispánicas y fortalecer el sentimiento de identidad nacional, es importante cuestionar los sesgos y las perspectivas que moldearon su concepción original. La visión de Posnansky, enmarcada en el nacionalismo y el darwinismo social de la época, presentaba una narrativa que no siempre reflejaba la complejidad y diversidad de las culturas andinas. Asimismo, la descontextualización de las piezas arqueológicas, si bien buscaba preservar y

¹² Conjunto de actividades económicas que se centran en la creación, producción, reproducción, promoción, difusión y comercialización de bienes, servicios y actividades con contenido cultural, artístico, patrimonial y creativo. Abarcan sectores diversos como el audiovisual, la música, el diseño, el libro, la publicidad, la arquitectura y las artes escénicas, entre otros.

¹³ Posnansky fue presidente vitalicio de los Beneméritos de la Guerra del Acre y Manuripi (1901- 1903) y sus restos reposan en este mausoleo.

¹⁴ En este sentido, ¿se debería estudiar a Arthur Posnansky, junto a otros miembros de la Sociedad Geográfica de La Paz, como los primeros gestores culturales?

difundir este patrimonio, plantea interrogantes sobre la relación de estos elementos cuando fueron restituidos en sus comunidades de origen.

La necesidad de conservar las esculturas tiwanakotas responde a un movimiento patrimonialista de la Sociedad Geográfica de La Paz, que incluso hasta 1930 mantenía algunos rasgos de colecciónismo; sin embargo, no se puede dejar de lado sus esfuerzos por adquirir, restaurar y resguardar piezas consideradas importantes para la historia y la arqueología bolivianas. Lo que es cuestionable desde nuevas posturas museísticas es la descontextualización de las piezas cuando fueron removidas del lugar de origen. No hay que olvidar que cada uno de los objetos del museo tuvo un fin religioso o utilitario para una cultura en específico. Sin embargo, la construcción del templete semisubterráneo a semejanza del original rompe con la museística clásica llevada a cabo hasta entonces por la Sociedad Geográfica. Este espacio es un esfuerzo por contextualizar la obra, en este caso el monolito Bennett, a pesar de que para entonces no se entendía bien su rol en ese templo. Todas las otras las piezas, totalmente ajena a este espacio, no dejaron de ser objetos decorativos en una estantería al aire libre, siguiendo el diseño de los templos prehispánicos de los Andes.

En un reciente trabajo de Vanessa Calvimontes y Juan Villanueva, estos autores realizan una comparación entre los monumentos de la ciudad de La Paz y la ciudad de El Alto, enfatizando que “la Plaza del Hombre Americano representa el pasado de las representaciones del pasado, homenajeando la cosificación del antiguo mundo indígena, su desconexión de las poblaciones indígenas contemporáneas y su inserción en la historia universal mediante la ciencia moderna” (Calvimontes Díaz y Villanueva Ciales, 2024, p. 192). Algo diferente ocurre con las plazas y monumentos de estilo Tiwanaku en El Alto que, al sentirse su población heredera de esa cultura, a pesar de que está comprobado que no hubo relación entre la cultura Tiwanaku y los aymaras, logran captar la esencia de ese legado más allá de la ciencia, desde un sentimiento de añoranza del pasado y desde su vinculación religiosa con la Pachamama.

Tan dura aseveración parte de una nueva visión sobre la contextualización, en la cual es fundamental el sentimiento de identidad y pertenencia con la obra. No se puede negar que los objetivos de Posnansky por erigir esta plaza fueron netamente académicos y políticos, desde su propia representación del pasado indígena de Bolivia. Sin embargo, luego de 85 años, la plaza con el conjunto de piezas líticas ya no es solo un monumento que representa la grandiosidad

del pasado (Lourés Seoane, 2001, p. 141)¹⁵ sino parte de un paisaje urbano histórico. Este término, aún en debate y construcción, hace alusión, según las recomendaciones realizadas por la UNESCO en Nairobi en 2010, a un

territorio urbano concebido como una estratificación histórica de valores culturales y naturales, superando las nociones de centro histórico o de conjunto histórico para incluir el contexto urbano más amplio y su medio geográfico, como ser la topografía, la geomorfología y las características naturales del sitio, su entorno edificado, tanto histórico como contemporáneo, sus infraestructuras de superficie y subterráneas, sus espacios verdes y jardines, sus planos de ocupación de suelos y su organización del espacio, sus relaciones visuales y todos los demás elementos constitutivos de la estructura urbana. Engloba igualmente las prácticas y los valores sociales y culturales, los procesos económicos y las dimensiones inmateriales del patrimonio... (Lalana Soto, 2011, p. 22)

La plaza ya no puede ser analizada de manera aislada, sino como parte integral de la identidad y el desarrollo histórico de Miraflores. Desde 1927, el barrio se ha construido bajo diversos discursos e hitos identitarios. Las principales avenidas y plazas llevan los nombres de personajes políticos o procesos ligados al nacionalismo, como la avenida Busch, la plaza Villarroel o la avenida Saavedra. Asimismo, el discurso higienista y de salud pública, iniciado por Emilio Villanueva con la construcción del actual Hospital de Clínicas, se ha fortalecido con la posterior edificación de la Facultad de Medicina, el Hospital Obrero, el Hospital del Tórax y, más recientemente, el Hospital Materno-Infantil.

Incluso, si retrocedemos aun más en el tiempo, el área donde hoy se ubica Miraflores fue en el pasado un núcleo poblacional tiwanakota de gran importancia, con posibles edificaciones de carácter templario o público que datan del año 400 d.C. De hecho, durante la construcción del barrio se encontraron enterramientos de esta cultura ancestral a lo largo de la avenida Busch, aproximadamente a un kilómetro de distancia de la Plaza del Hombre Americano¹⁶. Es decir, Posnansky hizo traer estelas de piedra desde el sitio arqueológico de Tiwanaku, cuando el barrio donde construyó la plaza era en sí una zona arqueológica de su propio objeto de estudio.

¹⁵ Según a Choay F, para que los monumentos adquieran su carácter histórico es preciso que se produzca un cierto distanciamiento capaz de generar una mirada sobre el pasado como tiempo diferente a aquél desde el cual se contempla. Es entonces, al manifestarse un proyecto explícito de preservación producto de dicha mirada, que el monumento alcanza su categoría histórica (Lourés Seoane, 2001, p. 141).

¹⁶ Sobre esto último, llama particularmente la atención que el barrio que fue un antiguo cementerio prehispánico y que agrupa varios centros hospitalarios, ahora sea también lugar de las funerarias de la ciudad.

Finalmente, al ser el estadio el único centro deportivo importante de la ciudad, Miraflores se ha consolidado en el imaginario colectivo como el lugar donde se juega fútbol, concentrando los partidos principalmente en los días domingo. No por nada Néstor Portocarrero recordaba, mientras combatía en las arenas del Chaco entre 1932 y 1933, el barrio miraflorino en su célebre canción Tango Illimani: “Miraflores, mi refugio dominguero. Sólo espero a tus brazos volver. Y cantar mi serenata bajo tu luna de plata cerca del amanecer”. De igual manera, antes de la demolición del estadio de Villanueva, en los primeros años de la década de 1970, en el atrio de la puerta principal, funcionaba el mercado “Las velas”, donde se vendía comida local rápida y era el punto de encuentro de la juventud, que hasta ahora recuerda no sólo el espacio gastronómico sino también las historias barriales¹⁷.

De acuerdo a los expertos, existen cuatro tipos de consagraciones del patrimonio: “la consagración social (vecindario, comunidad), la consagración política (gobierno municipal, departamental, nacional), la consagración económica (turismo, e industrias culturales) y la consagración científica (expertos como arqueólogos y arquitectos)” (Cajías de la Vega, 2016). En el caso de la plaza, primero fue una consagración científica apoyada de una consagración política; la idea nace gracias a Arthur Posnansky por medio de la Sociedad Geográfica de La Paz y con el apoyo de las autoridades. Pero en la consagración política faltó continuidad, ya que el proyecto original no se logró plasmar y quedó como un centro aislado y con casas y edificios que rompieron el estilo Neotíwanaku.

En cambio, la consagración social se ha impuesto, el barrio se ha apropiado del lugar, la plaza por sí misma pertenece a una narrativa identitaria local muy fuerte que está presente y que con la nueva ampliación del espacio circundante dialoga con nuevas dinámicas del siglo XXI. Cuando hay partido de fútbol alberga a los hinchas de los equipos, cada tarde instructores de zumba o aeróbicos ofrecen clases al aire libre y en las noches aparecen skaters o jóvenes patinadores, mientras que los meses de junio y julio las fraternidades de la UMSA disputan el lugar para ensayar. Por su parte, la consagración económica de este espacio también se ha logrado, porque es un atractivo que ha sido integrado al circuito turístico de la ciudad.

¹⁷ Las vendedoras fueron obligadas a retirarse luego de la reconstrucción de 1974 y el mercado sigue funcionando en la avenida Bolívar.

En este punto es justo preguntarse: ¿por qué la plaza corrió con la suerte de ser integrada como parte del patrimonio de la ciudad y no así el antiguo estadio de estilo Neotiwanaku?

Néstor García Canclini menciona que, si bien la revalorización o destierro impuesto a una obra depende de los discursos políticos actuales, también son importantes los colectivos sociales. Desde este punto de vista, el estadio no fue visto en la década de 1970 como parte del patrimonio arquitectónico de la ciudad, sino que primaba su lado funcional, mientras que la plaza, luego de pasar por el discurso científico de la Sociedad Geográfica y el discurso nacionalista de la Revolución Nacional,¹⁸ fue íntimamente ligada a Tiwanaku. Como parte esencial de la historia nacional, por lo tanto, la plaza, una réplica detallada y esmerada, fue acogida como patrimonio cultural, sobre todo por que acogía a una de las esculturas más emblemáticas: el monolito Bennett. Se podría decir que en 1974 el estadio aún no lograba conectar con el imaginario colectivo más allá de su rol funcional.

Esto último, la conexión con la población residente en distintos niveles, también puede ser entendida desde el trabajo de Ana Rosas Mantecón para el caso mexicano, donde explica que el patrimonio cultural tiene jerarquías impuestas desde la visión hacia el pasado, y lo prehispánico fue mejor acogido que lo colonial en la creación de los discursos nacionalistas (Rosas Mantecón, 2003). Se podría decir que la instrumentalización de Tiwanaku en la larga duración ha generado una cohesión social en Bolivia, mientras que el revisionismo histórico en torno al pasado colonial ha provocado desencuentros. Esto podría explicar el acto de vandalismo o iconoclasia (dependiendo del punto de vista) contra el monumento a Cristóbal Colón en el Prado de La Paz en 2021. Si bien el monumento de mármol italiano fue un regalo a Bolivia en su centenario, y su discurso principal no buscaba glorificar la conquista de América, sino destacar el papel de Colón como navegante para apoyar la demanda marítima boliviana ante la Liga de las Naciones en 1919, una nueva interpretación lo condenó.

La figura de Colón y el legado colonial siguen siendo temas de disputa y reinterpretación en Bolivia, a diferencia de Tiwanaku, cuya revalorización a lo largo del tiempo ha sido un elemento de cohesión social y de afirmación de la identidad nacional. De hecho, durante los últimos 20 años el proceso político

¹⁸ Miraflores llegó a identificarse como el barrio de la Revolución por albergar el Hospital Obrero y el Museo de la Revolución en la Plaza Villarroel, y porque fue habitado por miembros del MNR.

del MAS ha instrumentalizado nuevamente el pasado indígena, llegando a usar el sitio turístico-arqueológico para rituales religiosos y políticos, logrando revitalizar las fuentes identitarias con Tiwanaku. Esto último es lo recogido y depositado en los sedimentos de la memoria colectiva, independientemente que el discurso de ese proceso político haya llegado a su fin (o franca decadencia) para el bicentenario.

Para finalizar, Carlos Ostermann afirmó, cuando se retiró la pieza original del monolito Bennett, que la estela “no sólo se ha apropiado de un espacio urbano, sino que, por sobre todo, estaba presente, latente y vigente, como nunca, en las profundas raíces históricas y culturales de la nación” (Ostermann Stumpp, 2002a, p. 28). Sin embargo, debemos matizar esta afirmación, pues no es únicamente el monolito Bennett el que remueve estas raíces históricas, sino todo el museo al aire libre que conforma la Plaza del Hombre Americano. Pero esta dinámica es bidireccional, ya que el barrio de Miraflores y sus habitantes también se han apropiado de este espacio-museo, integrándolo como parte de su paisaje urbano e histórico. Para el año 2025, esta integración se ve reforzada con la construcción de las estaciones del teleférico blanco, que albergan nuevos espacios expositivos. Destaca el Museo de Putu Putu¹⁹, en la estación de la Plaza Triangular, con una colección de cerámicas Tiwanaku, y la estación de la Plaza del Monumento Busch, donde un enterramiento en el suelo está a la vista de todos los usuarios, protegido por un vidrio.

Estos tres espacios -la Plaza del Hombre Americano, el Museo de Putu Putu y la Plaza del Monumento Busch- se articulan de manera transversal, entrelazando la historia de Tiwanaku con la vida cotidiana de los habitantes de Miraflores y de toda la ciudad de La Paz. De esta forma, la plaza ya no es solo un espacio patrimonial material, sino que se ha convertido en una parte integral de la identidad y la experiencia urbana del barrio, formando un hilo conductor entre el pasado prehispánico y el presente de la comunidad.

Es difícil establecer el límite entre patrimonio material e inmaterial en el caso que estamos estudiando; por un lado, es material porque las piezas en exhibición son originales y por la reconstrucción del templete semisubterráneo; pero a la vez, es patrimonio inmaterial por que transmitió una ideología de identidad nacional el momento de su construcción. Paralelamente, la resignificación del espacio por parte de los vecinos de Miraflores, pero también de todos los paceños, ha permitido su apropiación en distintas épocas. En este

¹⁹ Miraflores fue conocido como Putu Putu durante la época colonial y el siglo XIX.

sentido, es fundamental repensar la Plaza del Hombre Americano desde enfoques más inclusivos y dialógicos, que permitan recuperar las voces y las experiencias de los pueblos originarios, pero también de los mestizos ciudadanos. Por último, el trabajo del tallador de Guaqui Rubén Wilde Herrera recupera el conocimiento de los labradores en piedra de esta región, algo que no puede pasar desapercibido. De igual modo, la copia fiel del monolito Bennett y la realización de las losas en arenisca demuestran un legado del conocimiento ancestral que es patrimonio inmaterial.

6. CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

La Plaza del Hombre Americano fue concebida como un espacio público dedicado al culto científico en medio del discurso nacionalista pre 1952. Ochenta y cinco años después, este espacio edificado en el barrio de Miraflores no solo ha logrado su propósito inicial de apropiación de Tiwanaku, sino que también se ha vinculado a su paisaje, a las dinámicas barriales, a otros espacios culturales y a las diferentes identidades del lugar, forjando un paisaje urbano histórico a partir del patrimonio material e inmaterial. La última restauración le ha dado una nueva vida a la plaza, y aunque por el movimiento vehicular todavía no se ha podido establecer una zona de amortización para resguardar las piezas, la misma ha permitido abrir una nueva página respecto a las dinámicas y vinculaciones con los habitantes de Miraflores y todos los paceños. Cabe destacar que los discursos y las relaciones con el patrimonio están en constante cambio por lo que, a manera de recomendación, se debe promover retomar el uso primordial de la plaza como museo abierto. Sería interesante realizar actividades con las escuelas de la zona e iniciar un nuevo proceso identitario con las generaciones más jóvenes, fortaleciendo así su vínculo con la comunidad del siglo XIX.

Recibido: agosto de 2025

Aceptado: septiembre de 2025

Referencias

1. Agencia de Noticias Fides, ANF (19 de agosto de 2002). *Inician la remodelación del templete semisubterráneo de la plaza Tejada Sorzano.* <https://www.noticiasfides.com/nacional/sociedad/inician-la-remodelacion-del-templete-semisubterraneo-de-la-plaza-tejada-soriano-224835>
2. Bedregal Villanueva, J.F. (ed.). (2014). *Motivos coloniales y escritos fundamentales de Emilio Villanueva.* Fondo Editorial Municipal Pensamiento Paceño.
3. Cajás de la Vega, F. (2016). Cincuenta años de gestión del patrimonio cultural en Bolivia. *Ciencia y Cultura*, 20(36), 9-45.
4. Calvimontes Díaz, V. y Villanueva Criales, J. (2024). (Des) montaje de memorias y monumentos. Resignificaciones, iconoclasias y resistencias en La Paz y El Alto, Bolivia. *Memorias disidentes. Revista de estudios críticos del patrimonio archivos y memorias*, 1(2), 180-205.
5. Capel, H. (1993). El asociacionismo científico en Iberoamérica. La necesidad de un enfoque globalizador. En *Mundialización de la ciencia y cultura nacional. Actas del Congreso Internacional “Ciencia, descubrimiento y mundo colonial”* (pp. 409-428). Universidad Autónoma de Madrid.
6. Costa Ardúz, R. (2005). *Historia de la Sociedad Geográfica de La Paz.* La Paz: Atenea.
7. El Diario (27 de abril de 1933). *La traslación del Monolito de Tiahuanacu importa un derroche*, p 5.
8. ----- (26 de mayo de 1933). *El apóstol del culto tihuanacota excomulga a los vecinos de Tihuanacu*, p 9.
9. ----- (17 de mayo de 1940). *Enorme significado para la cultura nacional tiene la erección del monolito Benet en el templete proyectado por el Prof. Posnansky*, p 1.
10. Lalana Soto, J.L. (2011). El paisaje urbano histórico: modas, paradigmas y olvidos. Ciudades: *Revista del Instituto Universitario de Urbanística de la Universidad de Valladolid*, (14), 15-38.
11. López-Ocón, L. (2014). Geografía e interés nacional en Perú a través de la Sociedad Geográfica de Lima (1888-1941). En S. Carreras y K. Carrillo Zeiter (eds.), *Las ciencias en la formación de las naciones americanas* (pp.

- 111-142). España: Iberoamericana. <https://digital.csic.es/handle/10261/296561>
12. Lourés Seoane, M.L. (2001). Del concepto de monumento histórico al de patrimonio cultural. *Revista de Ciencias Sociales*, IV(94), 141-150.
13. Mendieta Parada, P. (2017). *Construyendo la Bolivia imaginada: la Sociedad Geográfica de La Paz y la puesta en marcha del proyecto de Estado-nación (1880-1925)*. La Paz: Instituto de Investigaciones Históricas, Carrera de Historia.
14. ----- (2025). *De los Andes a la Amazonía*. La Paz: Plural.
15. Mesa, C. de (1984). *Emilio Villanueva. Hacia una arquitectura nacional*. La Paz: Don Bosco.
16. Ostermann Stumpp, C. (2002a). Acerca del monolito Bennett y su traslado a Tiwanaku. *Fundación Cultural Banco Central de Bolivia*, 18(7), 17-32.
17. ----- (2002b). El regreso del monolito Bennett a Tiwanaku. *Fundación Cultural Banco Central de Bolivia*, 18, 5-6.
18. ----- (2002c). La plaza del hombre americano y nuestras raíces ancestrales andinas. *Anales de la Reunión Anual de Etnología*, MUSEF, 179-189.
19. Paz Moscoso, V. (2019). Tiwanaku: una lectura desde las vanguardias. *Ciencia y Cultura*, 23(43), 120-142. <https://doi.org/10.35319/cyc.2019431176>
20. Péaud, L. (2018). Faire discipline: La géographie à la Société de Géographie de Paris entre 1800 et 1850. *Carnets de géographes*, 11, 1-18. <https://doi.org/10.4000/cdg.1507>
21. Posnansky, A. (1945). *Tibuanacu: la cuna del hombre americano*. New York: Editor J.J. Augustin.
22. Qayum, S. (2002). *Creole imaginings: Race, space and gender in the making of republican Bolivia* [Tesis doctoral, Goldsmiths College, Universidad de Londres].
23. Quisbert, P. (2004). La gloria de la raza: historia prehispánica, imaginarios e identidades entre 1930 y 1950. *Estudios Bolivianos*, 12, 177-212.
24. Rosas Mantecón, A. (2003). Los usos del patrimonio cultural en el Centro Histórico. *Alteridades*, 13(26), 35-43.

25. Siles Salinas, J. y Querejazu, P. (1999). *Guía de la Ciudad de Nuestra Señora de la Paz*. La Paz: Plural.
26. Sociedad Geográfica de La Paz (1897). *Estatutos que la rigen sancionados por la Suprema Resolución de 1 de julio de 1897*. La Paz: Tipografía Comercial.
27. ----- (1941). *Boletín de la Sociedad Geográfica de La Paz No 63*. Editorial Voluntad; MUSEF.
28. ----- (1943). ALP/SGL 1943 C. 2 D. 22. Archivo de La Paz.
29. ----- (1943). ALP/SGL 1943 C. 2 D. 39. Archivo de La Paz.
30. Urgentebo (2018). *En 2018 comienza la ejecución de 3 grandes proyectos viales para modernizar La Paz*. <https://www.urgente.bo/noticia/en-2018-comienza-la-ejecuci%C3%B3n-de-3-grandes-proyectos-viales-para-modernizar-la-paz>